¿Qué es Januca?

 Con esa pregunta abre el Talmud, en el tratado de Shabat (21b),  sus reflexiones sobre la festividad de las luminarias. La respuesta rabínica a  dicho interrogante es la siguiente: “Enseñaron los  Sabios: El 25 de Kislev [comienza y] los días de Januca son ocho. En ellos no se  pueden hacer ni panegíricos ni se puede ayunar, ya que cuando ingresaron los  griegos al Santuario impurificaron todos los aceites del Santuario, y cuando el  reino de la casa de los Jasmoneos se impusieron y vencieron, buscaron y no  encontraron sino un solo cuenco de aceite que contaba con el sello del Sumo  Sacerdote, y no había en él sino para encender [la Menora] durante un día.  Sucedió un milagro y pudieron encender de él ocho días. Al año siguiente fijaron  estos días y los hicieron días de fiesta, de alabanza y de reconocimiento [a  Ds].” Este pequeño párrafo – el cual se basa en un texto  rabínico anterior conocido como Meguilat Taanit – es prueba manifiesta de la  fuerza que tienen los relatos en la construcción de nuestras identidades.  Independientemente de cuál haya sido la historia real de los días de Januca, la  respuesta rabínica que hace eje en el milagro del aceite multiplicado nos  recuerda que aquello que verdaderamente nos marca tiene más que ver con la  narrativa que nos cuentan (y que a su vez vamos adoptando) que con la sucesión  fidedigna de los hechos conforme ocurrieron en su momento.

Extraído de Keter Le Israel